

Blanco, Mercedes. *Góngora heroico. Las Soledades y la tradición épica*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2012. PB. 444 pp. ISBN: 978-84-15245-22-3

Entre los abundantes problemas, reales o falsos, planteados por las *Soledades*, el del género ha suscitado no pocas reflexiones y controversias entre los hombres de letras contemporáneos de Góngora y la crítica del último siglo. Para quienes convivieron con el cordobés tuvo un peso determinante en el enfoque y falta de resolución del asunto las limitaciones conceptuales del patrón aristotélico y, en particular, el carácter restrictivo que adquiere en manos de los preceptistas; el dicerio de Cascales es sólo uno de los más conocidos ejemplos de esta actitud. El trasfondo de las discusiones lo constituía el concepto de *decorum* o *aptum* como principio fundamental de la poética vigente; las relaciones entre materia y estilo colocaban la definición genérica en el centro de una potémica en la que la incomprensión del poema iba mucho más allá de las dificultades para desentrañar las perifrasis, alusiones e hipérbatos de los versos. Del otro lado, para la crítica que discurre a partir de formalismos y estructuralismos, la nueva división tripartita establecida por la estética romántica a partir de Kant y Hegel ha desembocado en una teoría de los géneros de parecida rigidez, en la que se ha suprimido en demasiados casos la dimensión diacrónica del problema y la lección de la experiencia de aquellas grandes obras que, como las *Soledades*, escapan del encasillamiento genérico, cuando no vienen, justamente, a dinamitarlo. Algunos trabajos señeros, como el de Nadine Ly a partir de las palabras de Cascales, han puesto de manifiesto estos parámetros tan reduccionistas. La estricta contemporaneidad del poema gongorino con la escritura del *Quijote* y la codificación de la comedia lopesca debe hacer recordar los riesgos de pretender simplificar, en una definición de manual, la cuestión genérica en el momento de formación de un “arte nuevo,” marcado en su esencia por la revisión paródica, la hibridación y la voluntad de integrar una *varietas* que comienza a percibirse como esencial en la naturaleza, pero también en la historia.

Mercedes Blanco se desprende brillantemente de los lazos de una tradición crítica fosilizada y emprende la cuestión como tal, esto es, como una *quaestio*, una búsqueda en la que los pasos, como los del peregrino, son tanto más inspirados y ciertos cuanto más errantes. O, lo

que es lo mismo, viene a recordarnos que en la lectura y la interpretación de la obra literaria el camino más adecuado no es siempre el más corto y directo. Así, el asunto del género no es abordado como un interrogante en demanda de una respuesta categórica. Para esta investigación se trata de un horizonte en el que abrir vías de esclarecimiento desde perspectivas diversas, para iluminar de paso algo de la variada complejidad de la obra, desde los aspectos más generales a los más localizados puntos de detalle. La reflexión planteada y el libro resultante se ofrecen así como un discurso de amplio aliento, un viaje con algo de peregrino y nada de pasos perdidos, un odiseico retorno al texto por el que lector se ve sumergido en un viaje con mucho de iniciático, entre el contexto y una parte del poema que funciona a modo de *mise en abîme*, como realización microtextual de lo que bien puede tomarse como el concepto y el sentido del poema, al menos hasta donde podemos conocerlo en su estado de realización. Tras una introducción que constituye en sí misma una reflexión metodológica y conceptual y una tesis *in nuce*, los doce capítulos del libro nos llevan por un lúcido, erudito y esclarecedor repaso por la política de Lerma en los años previos a la aparición de las *Soledades* y algunas de las acciones militares más características y más presentes en la obra de Góngora; por los recovecos de la teoría poética del momento en tratados y, sobre todo, en propuestas creativas renovadoras; por los modelos clásicos italianos y su proyección en conceptos y problemas de enorme vigencia a lo largo del XVI y los inicios del siglo siguiente; por el lugar del idilio arcádico como una cuestión esencial en la ideología y la estética de un período de expansión imperial y crisis de conciencia; o, finalmente, por el trasfondo de un discurso sobre las navegaciones que la autora coloca con bien argumentadas razones en el centro del poema en lo que se refiere a su sentido e intenciones, para constituir una abreviada muestra de *epós*, del nuevo *epós* al que Góngora dirige pasos y versos.

En la argumentación y disposición de sus partes el libro sigue esta línea de lo general a lo particular o, si se quiere, de lo genérico a la parte. Ello permite sortear el riesgo de limitar la cuestión a una simple opción por épica o lírica y, sobre todo, centrar la reflexión en una precisa realización textual, tras mostrar su condición de emblema o síntesis del conjunto. Así, la porción más extensa y pormenorizada de este demorado y denso estudio, los últimos cuatro capítulos, giran alrededor del punto más concreto, el del discurso del viejo pescador en la

*Soledad primera*. No es precisamente uno de los pasajes menos tratados por la crítica gongorina, pero ello no impide que Mercedes Blanco lo aborde desde perspectivas poco o nada atendidas y que ofrezca una visión de radical novedad. En su discurso la atención a la cartografía y su desarrollo en los años previos a las *Soledades* sirve para resolver problemas relacionados con la técnica descriptiva y, a través de ella, con la imitación de Homero y los vínculos del poema con los modelos épicos; pero también establece una vía hacia la interpretación del pasaje, lo mismo en la vertiente ideológica del pensamiento gongorino acerca de la tensión entre imperio y utopía arcádica que en lo relativo a un punto tan concreto como el de las estrategias de expansión del imperio por las nuevas rutas del Pacífico, con el continente austral en el horizonte. Con gran abundancia de elementos del archivo iconográfico y documental de la época, el análisis ilumina aspectos en los que el poema toca con cuestiones esenciales en la tecnología y la ideología en que se insertan, lo que permite reconstruir en toda su densidad una epistemología y una política de las que es imposible desvincular la escritura y la realización de un texto como éste, que asume todos estos elementos y los devuelve en forma de discurso artístico, tan inquietante y provocador en sus formas como en su materia misma. En su elección metodológica Mercedes Blanco evita la vía de la generalización a partir de unas observaciones y la de elevar a categoría algo circunscrito al ámbito de lo contingente. De esta forma, tras el minucioso análisis y la línea de exposición elegida, deja en manos del lector cualquier posible respuesta a las preguntas formuladas, mejor dicho, soslaya una respuesta globalizadora que resuma, esto es, que encierre en una estrecha definición, el rico conjunto de respuestas de pormenor planteadas a lo largo de estas páginas para enriquecer la percepción de la varia liza de un texto tan poliédrico. La ausencia de un capítulo o apartado formal de conclusiones sólo es la manifestación evidente (y un tanto provocadora) de una propuesta conceptual y metodológica no exenta de riesgo y de novedad. El primero se ve sobradamente paliado por la contundencia de una argumentación sostenida por igual en una densa erudición, en una minuciosa e inteligente lectura del texto y en una rigurosa línea de pensamiento. La segunda parte arranca de esas virtudes y aparece como resultado de las mismas, no de la pretenciosa pirlueta en el vacío y el afán de originalidad. Al situar al lector ante un problema de solera crítica y vincularlo a un asunto de tradición, lo renovador surge de

la incorporación de datos desusados y de la finura del análisis, y con ellos ha de darse cuerpo a una respuesta que no queda explícita, sino dibujada en aproximaciones y avances particulares.

El trazado de cada uno de estos acercamientos y de su conjunto responde a un diseño metodológico en el que no es fácil reconocer innovaciones particulares, lo que no significa estancamiento. Todo lo contrario. La combinación de asentadas perspectivas y lo oportuno de su aplicación en cada punto del análisis resultan de enorme eficacia, conducidos por la perspicacia y el rigor de la investigadora, que se inicia ya en el exhaustivo manejo de una biblioteca que comprende con igual familiaridad la producción antigua (incluyendo en ella el apartado visual, de pinturas, grabados y mapas) y las aportaciones críticas más recientes. Siempre son traídas a colación en su punto justo, con la necesaria discusión que no deriva en descalificaciones gratuitas, sino en el enriquecedor contraste de perspectivas, y ello le permite a la autora elevar una araña interpretativa de amplio horizonte y fecundos resultados. La mirada se despliega y se fija atendiendo por igual al panorama y al pormenor, al contexto en su sentido más amplio y al más delicado matiz del texto. Los datos sobre la toma de Larache o los proyectos de colonización de Australia y, sobre todo, el análisis y la aplicación de los mismos a la lectura de las *Soledades* son un buen ejemplo de la capacidad de integrar el poema en su escenario histórico más concreto y de más material definición. No por menos sorprendente es menos brillante lo relativo a lo que bien pudiéramos llamar la biblioteca gongorina, esto es, el trasfondo de lecturas operantes en la construcción del texto y la densidad de su significado. Homero, Virgilio, Séneca, Lucano, Lucrecio, Estacio, Claudiano, Poliziano, Camoens, Corte-Real, Ercilla y, con una densidad particular, Ariosto y Tasso muestran el peso de sus textos y, no menos importante, de sus lecturas en la génesis de las *Soledades* y en el horizonte poético en que se sitúan. De particular interés en este apartado me parece la sistemática preocupación de M. Blanco por delimitar el texto, en su original o traducciones, que pudo servir al poeta y a sus lectores; si ello tiene especial repercusión en el caso de la lengua griega de Homero, su incidencia no es menor en lo tocante a las piezas maestras del XVI italiano (pero también del portugués), tan presentes en sus originales como en las versiones castellanas, sin excluir continuaciones e imitaciones. En este tenor la presencia en la argumentación de M. Blanco de los comentaristas y

otros participantes en la polémica gongorina sólo puede sorprender por lo ajustado de su referencia, lo preciso de su cita y lo productivo de su análisis. No obstante, la verdadera trascendencia de esta lección de filología y análisis literario es la aplicación de todo el conjunto de textos primarios y secundarios a la discusión del asunto que constituye el eje de este magistral estudio. Así se pone de manifiesto la complejidad de la noción de género en cualquiera de los modelos teóricos en que se sitúe, con la limitación resultante para la aplicación de su molde a la definición de un texto que juega inteligentemente a la renovación de los modelos. Es ésta otra de las parcelas en las que un ligero desplazamiento en la mirada crítica, al dejar de lado la noción de *imitatio* en favor de la de *emulatio*, ofrece un perfil renovado de las relaciones de Góngora con Homero y Virgilio, pero también con Tasso y Lope de Vega, a cuenta del poema épico.

En todos estos casos el poeta cordobés se mide con predecesores y contemporáneos en el campo específico de la definición de la epopeya y su realización “en este tiempo.” Así lo destaca M. Blanco para convertirlo en el eje de su estudio, en la línea que conduce desde la coyuntura imperial a la materialización del discurso de las navegaciones. Junto a esta aportación fundamental, la trabada argumentación de la investigadora convierte cada uno de los pasos dados en añadidos frutos críticos, que enriquecen aún más el conjunto del trabajo. Entre los aspectos que quedan iluminados como al paso destacan los relativos a los planteamientos estilísticos y la relación con lo sublime, con la incorporación de modelos retóricos y poéticos alternativos a la dominante codificación aristotélico-horaciana, con particular presencia de los recientemente recuperados textos de la tradición helenística, que alimentara a algunos de los modelos de referencia para Góngora, como Claudiano. Junto a este ya reconocido nombre, nos encontramos el de Lucrecio y, con él, la tradición epicúrea, otra de las aportaciones del estudio, relativa en su estricta novedad, pero importante por la ajustada ubicación de estos modelos en el proceso de construcción del poema. No debía de estar muy alejada la consideración de un poema didáctico como *De rerum natura* de la ahora esclarecida pugna gongorina con la noción (neo)aristotélica de “fábula” como componente esencial del poema y el esencial concepto de “mimesis;” al mostrar la empresa gongorina como el proyecto antiaristotélico (y empeñado en la superación de Tasso) de “una narración sin fábula” (capítulo 4), el análisis abre unas perspectivas

inexploradas hasta ahora en relación con el problema de la materia del poema y el tono épico para el tratamiento de “frioneras” y “raterías” (Jáuregui) o una pintura en la que no ocurría ninguna acción, es decir, con la esencia de una definición genérica al modo tradicional. Leído en otra clave el problema del género, me sorprende la vuelta a la teoría sobre el diseño de las *Soledades* como un poema en cuatro partes, para la que apenas hay más soportes que las contradictorias (y muchas veces contradichas) manifestaciones de los comentaristas y la evocación de unos modelos académicos respecto a los que el texto gongorino presenta notables diferencias. Pero este es problema largamente debatido y que difícilmente tendrá una solución definitiva.

Volvamos a las aportaciones de este *Góngora heroico*, a algunas de las más relevantes. El análisis de M. Blanco muestra cómo, al prescindir de la fábula, le es posible a Góngora concretar la distinción entre épico y heroico, abriendo el camino para una escritura elevada al margen de paladines y batallas, llevado incluso al espacio de la Arcadia. La referencia al idilio natural, objeto de un brillante capítulo 6 y tratado en diferentes pasajes hasta retomarlos a propósito del sentido del discurso de las navegaciones, apunta a la estrecha relación establecida entre la propia noción poetológica de “soledad” y el género eglógico, con la silva como puente, a través de la ruptura de la dualidad aristotélica de materia y forma. La égloga, además, se ofrece como el género que puede dar cabida a lo heroico y a lo tierno, en un sentido de la *varietas* esencial al género como conjunto y a cada una de sus realizaciones, entre las que este libro muestra algunos ilustres precedentes de las *Soledades*. Más allá de la estricta cuestión técnica de la resolución de los problemas sobre la unidad del texto o las limitaciones del *decorum*, la égloga y sus avatares quinientistas, tanto en España como en Italia, se presentan como el síntoma del apogeo y crisis de una noción de lo arcádico que acompaña al discurso renacentista, primero en relación al de las ciudades y más adelante unido a la marcha del imperio. Como en Cervantes, la idea de unas “arcadias precarias” (señaladas por Canavaggio) parece latir en esa égloga sin pastores que constituye el poema gongorino, justo después de dibujar con el *Polifemo* un episodio de destrucción del idilio. Por eso resulta muy perspicaz y lleno de posibilidades críticas el vínculo establecido en estas páginas entre la errancia del peregrino y la del caballero, lo que hermana al anónimo protagonista de las *Soledades* y el héroe cervantino marcado por la polionomiasia,

ambos por su condición de “errantes” o “andantes” y en los dos casos por el extrañamiento que producen, uno traducido en acción y otro en mirada, pero siempre con un componente de sublimidad ligado justamente a su condición de peregrinos. Volviendo a lo estrictamente “poético” el paralelismo vuelve a imponerse si recordamos la propuesta cervantina de elaboración de una épica en prosa (y con un protagonista tallado como antihéroe) y la idea de “epopeya de la paz” que M. Blanco propone para una lectura de las *Soledades*; su consideración como una “épica rústica” podría resumir tanto su alejamiento del modelo tassesco y su acercamiento a la égloga, como la personal posición de Góngora respecto a la situación del imperio y la épica que éste puede demandar en estos momentos. Desde la segunda página del texto es esto lo que se señala como punto de partida: la imposibilidad contemporánea de una épica de corte clásico o al modo de Tasso en la conciencia de un Góngora que se plantea la resolución de este nudo gordiano al modo de Alejandro, esto es, cortando las enrevesadas araduras de la preceptiva en vigor, para trenzar a continuación con sus retazos una textualidad nueva, donde lo heroico no tenga que identificarse con lo épico ni requerir la intervención del héroe. En el renovado concepto de lo heroico la elevación no corresponde a la materia previa, sino al estilo, y el poeta puede equipararse al héroe, cuando no identificarse con él, dando adecuada materialidad a la teoría del sublime actualizada a partir del pseudo Longino.

Como Góngora, Mercedes Blanco recoge todo el legado de una tradición crítica, lo desmenuza y reconstruye para fundirlo con el resultado de un riguroso análisis y unas brillantes percepciones, asentados en los textos e ideas contemporáneas del poeta en España e Italia. Con tan sólida base la investigación salva el riesgo de incurrir en una radicalidad excesiva de sus propuestas; no es el menor de los valores de esta verdadera obra magna, que se convertirá, sin duda, a partir de ahora en estudio de referencia para el análisis de las *Soledades* y, a través de ella, de la escritura gongorina más madura. Del mismo rasgo hace gala sobrada este estudio, sin perder la frescura, la originalidad y el impulso del gongorismo más joven, de Micó a Ponce, pero siempre apreciable en el trasfondo el magisterio ampliamente reconocido a la autora. Su obra resulta muy valiosa por el valor mismo de su tesis, una tesis fuerte, sin concesiones; pero también por la potencia hermenéutica del análisis y la renovación teórica, que, desde una actualización de los

principios filológicos, representa una saludable llamada de atención sobre la pertinencia de la erudición en su grado justo y, sobre todo, en su sensata aplicación; junto a ello ofrece una muestra de las aportaciones de una mirada de carácter interdisciplinar y plantea una reivindicación sin ostentaciones del comparatismo, dimensiones todas ellas a las que en ningún caso pueden renunciar los estudios literarios. Góngora planteó y llevó a la práctica la empresa heroica del poeta; esta obra nos lo evidencia y demuestra, de paso, las posibilidades de la crítica para elevarse a una altura heroica.

Pedro Ruiz Pérez  
Universidad de Córdoba